

Los Adormecedores

La Instrucción Integral

— Miguel Bakunin, 1869



Ediciones Hijos del Pueblo

prensaHijosdelPueblo@yahoo.com.ar

Introducción

Los Adormecedores y *La Instrucción Integral*, son los títulos que Bakunin dio a las dos partes de una serie de nueve artículos que publicó en *L'Egalité* de Ginebra entre Junio y Agosto de 1869. Poco tiempo antes había roto con la **Liga de la Paz y la Libertad** arrastrando tras de sí a una importante cantidad de jóvenes militantes provenientes en gran parte de las capas acomodadas de la sociedad y que renunciarían a sus privilegios para entregarse completamente a la causa. Este tránsito, del republicanismo al socialismo, anarquista y revolucionario, se saldará con la fundación de la **Alianza Internacional de la Democracia Socialista** y el acercamiento a la **Asociación Internacional de los Trabajadores**. Es entre sus filas donde desarrollará una incansable labor propagandística y organizativa que consolidará al ala antiautoritaria del movimiento obrero. Esperamos que este aporte sirva para que más compañeros puedan acceder a un conocimiento certero del anarquismo, sus posiciones e historia.

Aprovechamos para agradecer aquí a los compañeros, Franck Mintz y María Esther Tello quienes recientemente han hecho esta traducción del francés al español, la han corregido estilísticamente y la han hecho disponible en el sitio de la Fundación Besnard. Sin su esfuerzo no hubiera sido posible esta edición.

Han sido respetados los pasajes en cursivas del propio Bakunin, todos los agregados de la traducción fueron señalados entre corchetes. No se aclaran correcciones menores y que no afecten al sentido del texto.

Los Adormecedores

I

La asociación internacional de los burgueses democráticos, denominada *Liga internacional de la Paz y de la Libertad*, acaba de lanzar su nuevo programa, mejor dicho un grito de zozobra, un llamamiento muy conmovedor a todos los demócratas burgueses de Europa, suplicándole que no la dejen fallecer por falta de medios. Le faltan varios millares de francos para seguir publicando su periódico, para acabar el boletín del último congreso y para posibilitar la reunión de un congreso nuevo, de ahí que el Comité central, menguado en extremo, ha acordado abrir una suscripción, invitando a todos los simpatizantes y seguidores de esta Liga burguesa tengan a bien demostrar su simpatía y su fe, remitiendo, por cualquier motivo, la mayor cantidad posible de dinero.

Al leer esta nueva circular del Comité central de la Liga uno cree oír a moribundos que se esfuerzan por despertar a muertos. No hay un pensamiento viviente, nada sino la repetición de frases remachadas y la expresión impotente de deseos tan virtuosos como estériles que la historia ya condenó desde hace mucho tiempo por ser de una desoladora impotencia. Y sin embargo hay que reconocer una verdad a la *Liga internacional de la Paz y de la Libertad* porque reúne en su seno a los burgueses más avanzados, más inteligentes, mejor dotados y más generosamente dispuestos de Europa, desde luego con la excepción de un grupito de hombres que si bien nacieron y se criaron en la clase burguesa, en cuanto comprendieron que la vida se había retirado de esta clase respetable, que ya no tenía ninguna razón de ser y que no podía seguir existiendo sino en detrimento de la justicia y de la humanidad, quebraron cualquier relación con la Liga. Y dándole la espalda se pusieron resueltamente al servicio de la gran causa de la emancipación de los trabajadores explotados y dominados hoy por hoy por esta misma burguesía.

¿Cómo es posible por tanto que dicha Liga que cuenta tantos individuos inteligentes sabios y sinceramente liberales en su seno manifieste en la actualidad una tan gran pobreza de pensamiento y una evidente incapacidad de querer, de actuar y vivir?

Esta incapacidad y esta pobreza no provienen de los individuos sino de la clase entera a la que éstos tienen la mala suerte de pertenecer. Esta clase, la burguesía, como cuerpo político y social, tras rendir servicios eminentes a la civilización del mundo moderno, está hoy en día históricamente condenada a morir. Es el único servicio que puede prestar a la humanidad que tanto tiempo sirvió con su vida. Y no quiere morir. Esta es la única causa de su tontería actual y de su vergonzosa impotencia que caracterizan en la actualidad cada una de sus empresas políticas, nacionales como internacionales.

La Liga muy burguesa de la Paz y de la Libertad quiere lo imposible: quiere que la burguesía siga existiendo y al mismo tiempo sirviendo al progreso. Tras muchos titubeos y haber negado en el seno de su Comité, hacia el fin del año 1867 en Berna, la misma existencia de la cuestión social; tras rechazar en su último congreso, con el voto de una inmensa mayoría, la igualdad económica y social, por fin consiguió comprender que ya es totalmente imposible dar a partir de ahora un paso adelante en la historia sin resolver la cuestión social ¡y sin que triunfe el mismo principio de la igualdad! Su circular invita a todos los integrantes a que cooperen activamente *en cuanto pueda acelerar el advenimiento del reino de la justicia y de la igualdad*. Pero al mismo tiempo hace este planteo: “¿Qué papel debe tomar la burguesía en la cuestión social?”.

Y ya le habíamos contestado. Si realmente ella desea prestar un último servicio a la humanidad; si es sincero su amor por la libertad real, o sea universal y completa e igual para todos; si quiere, en una palabra, dejar de ser la reacción, sólo le queda cumplir con un único papel: morir con gracia y cuanto antes.

Entendámonos bien. No se trata de la muerte de los individuos que la componen, sino de su muerte como cuerpo político y social, económicamente separado de la clase obrera.

¿Qué es hoy en día la expresión sincera, el único sentido, el único objetivo de la cuestión social? Como lo reconoce el mismo Comité central es *el triunfo y la realización de la igualdad*. Pero ¿acaso no es evidente, entonces, que la burguesía debe perecer, puesto que su existencia como

cuerpo económicamente separado de la masa de los trabajadores implica y produce necesariamente la desigualdad¹?

Por mucho que se acuda a todos los artificios de lenguaje, que se embrollen las ideas y las palabras y sofistiquen la ciencia social en provecho de la explotación burguesa, todos los espíritus con juicio y que no tienen interés en engañarse comprenden hoy en día *que mientras haya, para cierto número de hombres económicamente privilegiados, una manera y medios particulares de vivir, que no son los de la clase obrera; mientras haya un número más o menos considerable de individuos que hereden, con diferentes proporciones, capitales o tierras que no habrán producido por su propio trabajo, en oposición a la inmensa mayoría de los trabajadores que no heredará nada en absoluto; mientras el interés del capital y la renta de la tierra permita más o menos a dichos individuos privilegiados vivir sin trabajar; y de suponerse aún, lo que, con tal relación de fortunas, no es admisible, de suponerse pues que en la sociedad todos trabajen, sea por obligación, sea por inclinación, pero que una clase de la sociedad, gracias a su postura económica y por ende social y políticamente privilegiada, pueda dedicarse con exclusiva a las obras del espíritu, en oposición a la inmensa mayoría de los hombres que no podrá alimentarse sino con el trabajo de sus brazos, y en una palabra, mientras todos los seres humanos que nazcan no encuentren en la sociedad los mismos medios de mantenimiento, educación, instrucción, trabajo y disfrute, la igualdad política, económica y social será para siempre imposible.*

Es en nombre de la igualdad como antaño la burguesía derribó y masacró a la nobleza. Es en nombre de la igualdad como pedimos hoy ya sea la muerte violenta, ya sea el suicidio voluntario de la burguesía con esta diferencia que, menos sanguinarios que lo que fueron los burgueses, queremos masacrar no a los hombres sino las posiciones y las cosas. Si los burgueses se resignan² y dejan hacer, no se le tocará ni a uno de sus cabellos. Pero peor para ellos si, olvidando la prudencia y sacrificando sus intereses individuales a los intereses colectivos de su clase condenada a morir, se

¹ Literalmente el texto dice “*igualdad*” lo que resulta absurdo, de ahí la corrección introducida (NDT).

² La versión que usamos dice “*designan*”, lo que carece de sentido, nos parece muy probable que sea un error (NDE)

ponen en contra de la justicia a la vez histórica y popular, para salvar una posición que dentro de poco ya no será sostenible.

(*L'Egalité*, N° 23, 26 de junio de 1869)

II

Una cosa que debería hacer reflexionar a los partidarios de la *Liga de la Paz y de la Libertad*, es la situación financiera miserable en que dicha Liga, tras unos dos años de existencia, se encuentra hoy por hoy. Que los burgueses demócratas más radicales de Europa se hayan reunido sin haber podido ni crear una organización eficiente, ni engendrar un solo pensamiento fecundo nuevo, es un hecho sin duda muy deplorable para la burguesía actual, pero ya no nos ha de sorprender, porque nos dimos cuenta de la causa principal de esta esterilidad³ y de esta ineficiencia. Pero ¿cómo es posible que esta Liga muy burguesa, como tal, por supuesto compuestas de miembros incomparablemente más ricos y más libres en sus movimientos y sus actos que todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, cómo es posible que hoy perezca *por falta de medios materiales*, mientras que los operarios de la Internacional, miserables, oprimidos por una multitud de leyes restrictivas y odiosas, desprovistos de instrucción, esparcimiento y agobiados bajo el peso de un trabajo agotador, han sabido crear en poco tiempo una organización internacional formidable y una gran cantidad de periódicos que expresan sus necesidades, sus aspiraciones, su pensamiento?

Al lado de la bancarrota intelectual y moral debidamente constatada, ¿de dónde proviene además esta bancarrota financiera de la *Liga de la Paz y de la Libertad*?

¿Cómo todos o casi todos los radicales de Suiza, unidos a la Volkspartei de Alemania, a los demócratas garibaldinos de Italia y a la democracia radical de Francia, sin olvidar España y Suecia, representadas, una por el mismo Emilio Castelar, la otra por este excedente coronel que asombró las mentes y conquistó todos los corazones en el último congreso de Berna; cómo estos hombres prácticos, grandes creadores políticos como el señor Haussmann, y como todos los redactores de la *Zukunft*, altos espíritus como los señores

³ La versión que manejamos antepone un “del” al “y”, no sabemos si falta una palabra (por ejemplo: pensamiento) o sobra el “del” (NDE)

Lemonnier, Gustave Vigot y Barni, atletas como los señores Armand Goegg y Chaudrey, habrían puesto la mano en la creación de la Liga de la Paz y de la Libertad, bendecidos desde lejos por Garibaldi, Quinet y Jacoby de Koenisberg, y, después de arrastrar durante dos años una existencia miserable, esta Liga debe morir hoy por faltarle unos millares de francos! ¡Cómo, incluso el abrazo simbólico y patético de los señores Armand Goegg y Chaudrey, quienes, representantes, uno de la gran patria Germánica, otro de la gran nación [francesa], en pleno congreso, se echaron mutuamente en los brazos gritando ante toda la asistencia atónita: ¡Pax! ¡Pax! ¡Pax! hasta hacer llorar de entusiasmo y enternecimiento al pequeño Theodore Beck, de Berna! ¿Cómo todo esto no pudo apiadar, ablandar los corazones secos de los burgueses de Europa, desatar los cordones de sus bolsas, todo esto sin producir un centavo?

¿Ya estaría en bancarrota la burguesía? Todavía no. ¿O acaso habría perdido el gusto de la libertad y de la paz? En absoluto. La libertad, la burguesía siempre la sigue amando, por supuesto con una única condición, que esta libertad exista tan sólo para ella, es decir a condición de que ella conserve siempre la libertad de explotar la esclavitud de hecho de las masas populares que por no tener en las condiciones actuales, en cuanto a libertad, más que el derecho sin los medios, permanecen⁴ forzosamente supeditadas al yugo de los burgueses. En cuanto a la paz, jamás la burguesía sintió tanta necesidad de ella como hoy. La paz armada que aplasta el mundo europeo en la hora actual la inquieta, la paraliza y la arruina.

¿Cómo es posible por tanto que la burguesía, que no está aún en bancarrota, por un lado, y que, del otro, sigue amando la libertad y la paz, no quiera sacrificar un centavo para el mantenimiento de la *Liga de la Paz y de la Libertad*?

Es porque no tiene fe en esta Liga. ¿Y por qué la burguesía no tiene fe en ella? Porque ya no tiene fe ni en sí misma. Creer, es desear con pasión, y la burguesía tiene perdido, irrevocablemente, el poder de querer. En efecto, ¿qué podría todavía desear razonablemente hoy por hoy, como clase aparte? ¿Acaso no lo tiene todo: riqueza, ciencia y dominio exclusivo? Ella no

⁴ En la versión que usamos dice “permanece” y “supeditadas” con lo que no concuerda el número, corregimos para que coincida con el de “masas” (NDE)

aprecia demasiado la dictadura militar que la protege algo brutalmente, es verdad, pero ella sí comprende esta necesidad y se resigna por sabiduría, porque sabe muy bien que en el mismo momento en que se quiebre dicha dictadura, lo perderá todo y dejará de existir. ¡Y ustedes le piden, ciudadanos de la Liga, que les dé su dinero y que se sume a ustedes para destruir aquella dictadura saludable! ¡La burguesía no es tan necia! Dotada de una mente más práctica que la de ustedes, ella entiende sus intereses mejor que ustedes.

Ustedes se están esforzando por convencerla enseñándole el abismo hacia el que se deja fatalmente llevar, cuando sigue la vía de la conservación egoísta y brutal. ¿Acaso creen que ella misma no está viendo aquel abismo? Siente tanto como ustedes la aproximación de la catástrofe que ha de engullirla. Pero he aquí el cálculo que hace: “Si mantenemos lo que existe, se dicen los conservadores burgueses, podemos esperar seguir con nuestra existencia actual varios años aún, y morir quizás antes del advenimiento de la catástrofe ¡y tras nosotros venga el diluvio!”⁵ En cambio, si nos dejamos llevar por la vía del radicalismo derribando los poderes actualmente establecidos, mañana pereceremos. Vale mejor pues, conservar lo que existe.”

Los conservadores burgueses comprenden mejor la situación actual que los burgueses radicales. Sin hacerse ninguna ilusión, entienden que entre el sistema burgués que va declinando y el socialismo que debe tomarle el lugar, no hay transacción posible. Por esto todos los espíritus realmente prácticos y todas las bolsas bien llenas de la burguesía se dirigen hacia la reacción, dejando a la *Liga de la Paz y de la Libertad* los cerebros menos poderosos y las bolsas vacías. De ahí el motivo de cómo esta Liga virtuosa, pero desafortunada, sufre ahora una doble bancarrota.

Si algo puede probar la muerte intelectual, moral y política del radicalismo burgués, es su impotencia actual para crear la menor cosa, impotencia ya tan manifiesta en Francia, Alemania, Italia y que se señala con más brillo que nunca hoy en España. Veamos: hace unos nueve meses la revolución había brotado y triunfado en España. La burguesía tenía si no la potencia, por lo

⁵ Fórmula atribuida al rey francés Luis XV que al evocar la quiebra financiera del país exclamó “Después de mí, que venga el diluvio” (NDT)

menos todos los medios para adueñarse de ella. ¿Qué hizo? La monarquía y la regencia de Serrano.

(*L'Egalité*, N° 24, 3 de julio de 1869)

III

Por profundas que sean nuestra antipatía, nuestra desconfianza y nuestro desprecio por la burguesía moderna, existen no obstante en esta clase dos categorías. Una, que por lo menos una parte no desesperamos ver dejarse convertir tarde o temprano por la propaganda socialista, impulsada por la misma fuerza de las cosas y por las necesidades de su actual posición. Otra por un temperamento generoso. Ambas deberán tomar parte sin duda con nosotros en la destrucción de las iniquidades presentes y en la edificación del mundo nuevo.

Queremos hablar de la *muy pequeña burguesía* y de la *juventud de las escuelas y de las universidades*. En otro artículo trataremos en particular la cuestión de la pequeña burguesía. Digamos hoy algunas palabras sobre la juventud burguesa.

Los hijos de la burguesía heredan, es verdad, muy a menudo los hábitos exclusivos, los prejuicios estrechos e instintos egoístas de sus padres. Pero mientras permanecen jóvenes, no hay que desesperar por ellos. Está en la juventud una energía, una amplitud de aspiraciones generosas y un instinto natural de justicia, capaces de contrarrestar no pocas influencias dañinas. Corruptos por los ejemplos y los preceptos de los padres, los jóvenes de la burguesía no lo son aún por la práctica real de la vida. Sus propios actos no han creado aun un abismo entre la justicia y ellos mismos, y, en cuanto a las malas tradiciones de sus padres, ellos están en parte alejados de las mismas, por aquel espíritu de contradicción y de protesta naturales que siempre animó las jóvenes generaciones respecto de las generaciones precedentes. La juventud es irrespetuosa, despreciando por instinto la tradición y el principio de la autoridad. Allí están su fuerza y su salvación.

Viene luego la influencia saludable de la enseñanza de las ciencias. Sí, saludable en efecto, pero con la única condición de que la enseñanza no esté falseada y que la ciencia no esté falsificada por un doctrinarismo perverso en provecho de una mentira oficial y de la iniquidad.

Por desgracia hoy en día la enseñanza de la ciencia, en la inmensa mayoría de las escuelas y universidades de Europa, se encuentra precisamente en este estado de falsificación sistemática y premeditada. Se podría creer que éstas fueron establecidas adrede para el envenenamiento intelectual y moral de la juventud burguesa. Son otras tantas tiendas de privilegiados, donde la mentira se vende al por menor y al por mayor.

Sin hablar de la teología, que es la ciencia de la mentira divina, ni de la jurisprudencia, que es la de la mentira humana; sin hablar tampoco de la metafísica o de la filosofía ideal, que es la ciencia de todas las medias mentiras, todas las otras ciencias: historia, filosofía, política, ciencia económica, son esencialmente falsificadas, porque, desprovistas de su base real, la ciencia de la naturaleza, todas se fundan por igual en la teología, la metafísica y la jurisprudencia.

Se puede decir sin exageración que cualquier joven que sale de la universidad, infatuado por estas ciencias o mejor dicho estas medias mentiras sistematizadas que se arrojan el nombre de ciencia, a no ser que algunas extraordinarias circunstancias puedan salvarle, está perdido. Los profesores, aquellos sacerdotes modernos del engaño político y social patentado, le inocularon un veneno tan corrosivo, que se necesitan realmente milagros para que sane. Sale este joven de la universidad como un doctrinario acabado, lleno de respeto por sí mismo y desprecio por la chusma popular, que él está dispuesto a oprimir y explotar sobre todo, en nombre de su superioridad intelectual y moral. Entonces cuánto más joven, más resulta malvado y odioso.

Otra cosa es la facultad de las ciencias exactas y naturales. ¡Éstas son las verdaderas ciencias! Ajenas a la teología y a la metafísica, son hostiles a todas las ficciones y se fundan en exclusiva en el conocimiento exacto, el análisis concienzudo de los hechos y el puro razonamiento, o sea la sensatez de cada uno, ampliada por la experiencia bien combinada de todo el mundo. Tan autoritarias y aristocrática son las ciencias ideales como democráticas y ampliamente liberales las ciencias naturales. Por esto ¿qué vemos? mientras los jóvenes que estudian las ciencias ideales se arrojan con pasión, casi todos, en el partido del doctrinarismo explotador y reaccionario, quienes estudian las ciencias naturales adoptan con igual pasión el partido de la revolución. Muchos de ellos son sinceros socialistas revolucionarios como nosotros mismos. Éstos son los jóvenes con quienes contamos.

Las manifestaciones del último congreso de Lieja nos hacen esperar que pronto veremos toda esta inteligente y generosa parte de la juventud de las universidades, formando en el mismo seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores nuevas secciones. Su ayuda será valiosa, siempre que comprendan que la misión de la ciencia hoy en día ya no es dominar sino servir al trabajo, y ellos tendrán muchas más cosas que aprender entre los trabajadores que las que puedan enseñarles. Si ellos forman una parte de la juventud burguesa, los trabajadores son la juventud actual de la humanidad. Llevan en sí mismos todo un porvenir. Para los acontecimientos que se están preparando, los trabajadores serán pues los hermanos mayores, sus menores los estudiantes burgueses con buena voluntad.

Pero volvamos a esta pobre Liga de la Paz y de la Libertad. ¿Cómo es posible que en sus congresos la juventud burguesa sólo brille por su ausencia? ¡Ah! Para unos, para los doctrinarios, esta juventud es demasiado avanzada ya, mientras que para la minoría socialista, lo es demasiado poco. Luego viene la gran masa de los estudiantes, la mayoría, son jóvenes sumidos en la nulidad e indiferentes a todo lo que no es zafio esparcimiento de hoy o el lucrativo empleo de mañana. Éstos ignoran hasta la misma existencia de la *Liga de la Paz y de la Libertad*.

Cuando Lincoln fue elegido presidente de los Estados Unidos, el difunto coronel Douglas, en aquel entonces uno de los principales jefes del partido derrotado, exclamó: "¡Perdió nuestro partido, la juventud ya no está con nosotros!" ¡Vaya! Pues esta pobre Liga nunca tuvo juventud, nació vieja y morirá sin haber vivido.

Será igualmente la suerte de todo el partido de la burguesía radical en Europa. Su existencia sólo fue un hermoso ensueño. Soñó durante la Restauración y la monarquía de Julio⁶. En 1848⁷, por haberse mostrado

⁶ Restauración: regreso del régimen monárquico en Francia después de la derrota de Napoleón I en 1815 y aplicación de una política de retorno al período de antes de la Revolución, que fue derribada por una revuelta popular en 1830. La monarquía de Julio se esforzó por incorporar parte de las reformas de 1789 a favor de la burguesía (NDT)

⁷ 1848: gran parte de la burguesía y de los obreros se opusieron a la monarquía de Julio, su unión terminó a los pocos meses en un

incapaz de constituir algo real, tuvo una caída deplorable, y el sentimiento de su incapacidad e impotencia la empujó hasta la reacción. Después de 1848, tuvo la desgracia de sobrevivirse. ¡Y sigue soñando! Pero ya no es un sueño de porvenir, es el sueño retrospectivo de un anciano que nunca vivió de verdad; y mientras él se empeña en soñar pesadamente, siente en torno suyo cómo el mundo nuevo se está agitando, cómo el poder del futuro va naciendo. El poder y el mundo de los trabajadores.

El ruido que ellos están haciendo por fin le despertó a medias. Tras haberles desconocido por mucho tiempo, renegado, por fin ha conseguido reconocer la fuerza real que está en ellos. Los ve llenos de esta vida que siempre le faltó y, queriendo salvarse identificándose a ellos, se esfuerza por transformarse hoy en día. Ya no se denomina democracia radical sino socialismo burgués. Bajo este nuevo nombre, existe sólo desde hace un año. Veremos en un próximo artículo lo que realizó en este año.

(*L'Egalité*, N° 25, 10 de julio de 1869)

IV

Nuestros lectores se podrían preguntar por qué nos preocupamos de la *Liga de la Paz y de la Libertad*, puesto que la consideramos como una moribunda cuyos días están contados, ¿por qué no la dejamos morir despacio?, como conviene a una persona que ya no tiene nada que hacer en este mundo. ¡Ah! No pediríamos otra cosa que dejarla acabar sus días con tranquilidad, sin hablar de ella en absoluto, si ella no nos amenazara con regalarnos, antes de morir, un heredero poco ameno que se llama el *socialismo burgués*.

Pero por desagradable que sea, ni siquiera nos preocuparíamos de este hijo espurio de la burguesía, si sólo se diera como misión convertir a los burgueses al socialismo, y sin tener la menor confianza en el éxito de sus esfuerzos, incluso podríamos admirar esta generosa intención, de no perseguir al mismo tiempo un objetivo del todo opuesto y que nos parece sobradamente inmoral: el de hacer penetrar en las clases obrera las teorías burguesas.

enfrentamiento de clase con una fuerte represión del movimiento obrero, con decenas de miles de muertos y detenidos (NDT)

El socialismo burgués, como una especie de ser híbrido, se ha colocado entre dos mundos ya irreconciliables: el mundo burgués y el mundo obrero. Y su acción equívoca y deletérea acelera, es verdad, de un lado, la muerte de la burguesía, pero al mismo tiempo, del otro, está corrompiendo en su nacimiento al proletariado. Y lo corrompe por partida doble: primero menguando y desvirtuando su principio, su programa; luego, infundiéndole esperanzas imposibles, acompañadas por una fe ridícula en la próxima conversión de los burgueses, y esforzándose por atraer al proletariado para que tenga el papel de herramienta en la política burguesa.

En cuanto al principio que profesa, el socialismo burgués se encuentra en una postura tan incómoda como ridícula: demasiado amplio o demasiado depravado para atenerse a un único principio bien determinado, pretende casarse con dos a la vez, dos principios con uno que excluye absolutamente al otro, y tiene la singular pretensión de reconciliarlos. Por ejemplo, quiere conservar para los burgueses la propiedad individual del capital y de la tierra, anunciando al mismo tiempo la resolución generosa de asegurar el bienestar del trabajador. Hasta le promete más: el disfrute íntegro de los frutos de su trabajo, lo que sólo se realizará cuando el capital ya no cobre más intereses y la propiedad de la tierra ya no produzca más renta, puesto que el interés y la renta sólo proceden de los frutos del trabajo.

Asimismo, quiere conservar para los burgueses su libertad actual, que no es otra cosa que la facultad de explotar, gracias a la potencia que les dan el capital de la propiedad, el trabajo de los operarios, prometiéndoles al mismo tiempo a estos últimos la más completa igualdad económica y social : ¡la igualdad de los explotados con sus explotadores!

El socialismo burgués mantiene el derecho de herencia, o sea la facultad para los hijos de los ricos de nacer en la riqueza, y para los hijos de los pobres de nacer en la miseria; prometiéndoles a todos los niños la igualdad de educación e instrucción que pide la justicia.

Y mantiene, a favor de los burgueses, la desigualdad de las condiciones, consecuencia natural del derecho de herencia; y promete a los proletarios que, en este sistema, todos trabajarán por igual, sin otra diferencia que la que sea determinada por las capacidades e inclinaciones naturales de cada uno; lo que sólo sería posible con dos condiciones, ambas igualmente absurdas. La primera, el Estado, cuyo poder los socialistas burgueses aborrecen tanto como nosotros, obliga a los hijos de los ricos a que trabajen del mismo modo que los hijos de los pobres, lo que nos conduciría

directamente al comunismo despótico estatal. La segunda, todos los hijos de los ricos, empujados por un milagro de abnegación y por una determinación generosa, se ponen a trabajar libremente, sin la obligación de la necesidad, tanto y de la misma manera que cuantos lo tengan que hacer por su miseria, por el hambre. Y todavía, incluso en este supuesto, fundándonos en esta ley psicológica y sociológica natural que hace que dos actos motivados por causas diferentes nunca pueden ser iguales, podemos predecir con certeza que el trabajador forzado sería necesariamente el inferior, el dependiente y el esclavo del trabajador por la gracia de su voluntad.

El socialista burgués se reconoce sobre todo por una señal, es un *individualista rabioso*, siente un furor concentrado todas las veces que oye hablar de propiedad colectiva. Enemigos de ésta, lo es naturalmente también del trabajo colectivo, y, no pudiendo eliminarlo totalmente del programa socialista, en nombre de aquella libertad que tan mal comprende, pretende dar un lugar muy amplio al trabajo individual.

¿Pero qué es el trabajo individual? En todas las obras en las que participan de inmediato la fuerza y la habilidad corporal del hombre, o sea en cuanto se denomina la producción material, resalta la impotencia del trabajo aislado de un hombre solo, por poderoso y hábil que sea, por no tener nunca bastante fuerza como para luchar contra el trabajo colectivo de muchos hombres asociados y bien organizados. Lo que en la industria se llama actualmente trabajo individual no es sino la explotación del trabajo colectivo de los obreros por unos individuos, detentadores privilegiados sea del capital, sea de la ciencia. Pero en cuanto deje de existir esa explotación - y los burgueses socialistas aseguran por lo menos que quieren este fin, tanto como nosotros - ya no podrá haber en la industria otro trabajo que el trabajo colectivo, ni por tanto tampoco otra propiedad que la propiedad colectiva.

El trabajo individual ya no será pues posible sino en la producción intelectual, en las obras del espíritu. ¡Y aún! ¿Acaso el espíritu del mayor genio de la tierra no es siempre el producto del trabajo colectivo, intelectual tanto como industrial, de todas las generaciones pasadas y presentes? Para convencerse de ello, imaginemos al mismo genio, trasladado desde su más tierna infancia a una isla desierta. Suponiendo que no se muera de hambre, ¿qué será de él? Un animal, un zafio que ni siquiera sabría pronunciar una palabra y que por consiguiente nunca habría pensado. Trasladémosle a la edad de diez años, ¿qué será unos años más tarde? Un bruto otra vez, que habrá perdido el hábito de la palabra y que sólo habrá conservado de su humanidad pasada un vago instinto. Trasladémosle por fin a la edad de

veinte años, treinta años, tras diez, quince, veinte años de distancia, se volverá estúpido. ¡Quizás inventará alguna nueva religión!

¿Qué prueba esto? Ello demuestra que el hombre más dotado por la naturaleza sólo recibe de ésta unas facultades, pero que dichas facultades permanecen muertas, si no están fertilizadas por la acción benefactora y poderosa de la colectividad. Diremos más: cuanto más aventajado está un ser humano por la naturaleza, más toma de la colectividad; de ahí resulta que debe devolverle más, con justicia.

Sin embargo, reconocemos de buen grado que si bien gran parte de las obras intelectuales puede realizarse mejor y más deprisa colectivamente que individualmente, otras exigen una labor aislada. ¿Pero qué pretendemos concluir con esto? ¿Acaso las obras aisladas del genio o del talento, por ser más escasas, valiosas y más útiles que la de los trabajadores ordinarios, deben retribuirse mejor que las de éstos? ¿Y sobre qué base, por favor? ¿Acaso estas obras son más penosas que las obras manuales? Al contrario, éstas son sin comparación más penosas. El trabajo intelectual es un trabajo atractivo que lleva su premio en sí mismo, y no necesita otra retribución. Encuentra otra aún en la estima y en el reconocimiento de los contemporáneos, en la luz que les aporta y en el bien que les proporciona. A ustedes que tan poderosamente cultivan el ideal, señores socialistas burgueses, ¿no les parece que este galardón vale tanto como otro, o prefieren una remuneración más sólida en dinero muy sonante?

Por otra parte, tendrían muchas dificultades si tuvieran que establecer el índice de los productos intelectuales del genio. Son, como Proudhon lo observó muy bien, valores inconmensurables: no cuestan nada, o cuestan millones... ¿Pero entienden ustedes que con este sistema, tendrán que apresurarse por abolir cuanto antes el derecho de herencia? Porque tendrán los hijos de los hombres con genio o de gran talento que, de lo contrario, heredarán de millones o centenas de miles francos. Y hay que agregar que estos jóvenes, ya sea por el efecto de una ley natural todavía desconocida, ya sea por el efecto de la posición privilegiada que les brindó la obra de sus padres, suelen ser por lo común gente con mente muy ordinaria y a menudo incluso personas muy tontas. Y entonces ¿qué será de esta justicia distributiva de que les gusta tanto hablar, y en nombre de la cual nos están combatiendo? ¿Cómo se llevará a cabo esta igualdad que nos prometen?

Nos parece evidente con todo ello que las obras aisladas de la inteligencia individual, todas las obras del espíritu, en tanto que invención, no en tanto

que aplicación, deben ser obras gratuitas. ¿Pero entonces de que vivirán los hombres de talento, los hombres de genio? ¡Por Dios! Vivirán de su trabajo manual y colectivo como los demás. ¡Cómo! ¿Usted quiere obligar las grandes inteligencias a un trabajo manual, al igual que las inteligencias más inferiores?

Sí, lo queremos, y por dos motivos. El primero, es que estamos convencidos que las grandes inteligencias, lejos de perder algo, ganarán al contrario mucho en salud de cuerpo y en vigor de mente, y sobre todo en espíritu de solidaridad y de justicia. El segundo, es que es el único medio de levantar y humanizar el trabajo manual, estableciendo con eso mismo una igualdad real entre los hombres.

(*L'Egalité*, Nº 26, 17 de julio de 1869)

V

Vamos a considerar ahora los grandes medios recomendados por el socialismo burgués para la emancipación de la clase obrera, y nos será fácil probar que cada uno de estos medios, bajo una apariencia muy respetable, oculta una imposibilidad, una hipocresía, una mentira. Son tres: 1) *la instrucción popular*, 2) *la cooperación* y 3) *la revolución política*.

Vamos a examinar hoy lo que entienden por *instrucción popular*. Primero declaramos que en un punto estamos perfectamente de acuerdo con ellos: *la instrucción es necesaria al pueblo*. Quienes quieren eternizar la esclavitud de las masas populares sólo pueden negarlo o dudar de esto en la actualidad. Tanto estamos convencidos que la instrucción es la medida del grado de libertad, de prosperidad y de humanidad que una clase tanto como un individuo puede alcanzar, que pedimos para el proletariado no sólo instrucción, sino toda la instrucción, la instrucción integral y completa, de modo que ya no pueda existir encima de él, para protegerle o para dirigirle, es decir para explotarle, ninguna clase superior por la ciencia, ninguna aristocracia de la inteligencia.

Según nosotros, entre todas las aristocracias que oprimieron cada una a su turno y algunas veces juntas a la sociedad humana, esta sedicente aristocracia de la inteligencia es la más odiosa, la más despreciable, la más prepotente y la más opresora. La aristocracia nobiliaria le dice a uno: "Usted es una amable persona, ¡pero no nació noble!" Es un desaire que aún

se puede soportar. La aristocracia de capital le reconoce no pocos méritos, pero, agrega: “¡Usted no tiene un real!” También es soportable, porque en el fondo tan sólo es la constatación de un hecho, que en la mayoría de los casos incluso termina, como el primero, como ventaja para quien recibe el reproche. Pero la aristocracia de la inteligencia dice: “Usted no sabe nada, no comprende nada, es un burro, y yo, hombre inteligente, le debo poner la albarda para conducirlo”. Es intolerable.

La aristocracia de la inteligencia, este niño mimado del doctrinarismo moderno, este último refugio del espíritu de dominación, que desde el comienzo de la historia afligió al mundo, constituyó y sancionó todos los Estados. Aquel culto presumido y ridículo de la inteligencia patentada, no pudo nacer sino en el seno de la burguesía. La aristocracia nobiliaria no necesitó de la ciencia para probar su derecho. Había apoyado su potencia con dos argumentos irresistibles, dándole por base la violencia, la fuerza de su brazo, y como sanción, la gracia de dios. Ella violaba y la Iglesia bendecía, tal era la índole de su derecho. Aquella íntima unión de la mentalidad triunfadora con la sanción divina le daba un gran prestigio, y producía en ella una suerte de virtud caballeresca que conquistaba todos los corazones.

La burguesía, desprovista de todas esas virtudes y gracias, sólo tiene para fundar su derecho un único argumento: la potencia muy real y muy prosaica del dinero. Es la negación cínica de todas las virtudes: si tienes dinero, por canalla o necio animal que seas, tú posees todos los derechos; si no tienes un centavo, por muchos méritos personales que tengas, no vales nada. Este es en su ruda franqueza el principio fundamental de la burguesía. Se comprende que tal argumento, por poderoso que sea, no podría bastar para el establecimiento y sobre todo la vertebración de la potencia burguesa. Así está hecha la sociedad humana que las peores cosas sólo pueden afianzarse con la ayuda de una apariencia respetable. De ahí el refrán de que la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud. Las brutalidades más poderosas necesitan una sanción.

Hemos visto que la nobleza puso todos sus desmanes bajo la protección de la gracia divina. La burguesía no podía acudir a aquella protección. Primero porque dios y su representante la Iglesia se habían comprometido demasiado protegiendo en exclusividad, durante siglos, a la monarquía y a la aristocracia nobiliaria, esta enemiga mortal de la burguesía. Y luego porque ésta, por mucho que diga y haga, en el fondo de su alma, es atea. La burguesía habla de dios para el pueblo, pero no lo necesita para sí misma.

Nunca está haciendo negocios en los templos dedicados al Señor, sino en los de Mamón⁸ o sea la bolsa, los emporios de comercio, bancos y grandes establecimientos industriales. Necesitaba pues buscar una sanción fuera de la Iglesia y de dios. La burguesía la encontró en la inteligente patentada.

La burguesía sabe muy bien que la base principal, y se podría decir única de su potencia política actual, es su propia riqueza. Pero no queriendo ni pudiendo confesarlo, ella trata de explicar aquel poder por la superioridad de su inteligencia, no natural sino científica. Para gobernar los hombres, pretende ella, hay que saber mucho, y sólo ella sabe hoy en día. Es un hecho que en todos los Estados de Europa, la burguesía, incluida la nobleza que ya no existe ahora sino de nombre, únicamente la clase explotadora y dominadora recibe una educación más o menos seria. Además, se desprende de su seno una suerte de clase separada y por supuesto, menos numerosa de hombres, que se dedican exclusivamente al estudio de los mayores problemas de la filosofía, de la ciencia social, de la política y que constituyen realmente la aristocracia nueva, la de la inteligencia patentada y privilegiada. Es la quintaesencia y la expresión científica del espíritu y de los intereses burgueses.

Las universidades modernas europeas que forman un tipo de repúblicas científicas, prestan en la actualidad los mismos servicios que la iglesia católica dio antes a la aristocracia nobiliaria. Y así como el catolicismo sancionó en su época todas las violencias de la nobleza contra el pueblo, al igual la universidad, aquella iglesia de la ciencia burguesa, explica y legítima hoy día la explotación de este mismo pueblo por el capital burgués. ¿Acaso es asombroso después de esto que en la gran lucha del socialismo contra la economía burguesa, la ciencia patentada moderna haya tomado y continúe tomando tan resueltamente el partido de los burgueses?

No acometamos los efectos, ataquemos siempre las causas: siendo la ciencia de las escuelas un producto del espíritu burgués, habiendo nacido, sido criados e instruidos los representantes de esta ciencia, en el medio burgués y bajo la influencia de su mentalidad y de sus intereses exclusivos, una como otros son contrarios por naturaleza a la emancipación integral y real del proletariado, y todas sus teorías económicas, filosóficas, políticas y sociales fueron sucesivamente elaboradas en este sentido. Éstas en el fondo no tienen otra finalidad que demostrar la incapacidad definitiva de las masas operarias, y por consiguiente también la misión de la burguesía, que es

⁸ Mamón: en la Biblia, símbolo de la obsesión por el dinero (NDT)

instruir porque es rica y que siempre puede enriquecerse más poseyendo la instrucción como para gobernarlas hasta el fin de los siglos.

Para romper aquel círculo fatal ¿qué debemos aconsejar al mundo obrero? Desde luego, instruirse y apoderarse de esta arma tan poderosa de la ciencia, sin la cual él podría muy bien llevar a cabo revoluciones, pero que nunca lograría establecer, sobre las ruinas de los privilegios burgueses, aquella igualdad, aquella justicia y libertad que constituyen los mismos cimientos de todas sus aspiraciones políticas y sociales. Este es el punto en que coincidimos con los socialistas burgueses.

Pero he aquí otros dos muy importantes en que diferimos totalmente de ellos.

Primero. Los socialistas burgueses sólo piden para los obreros un poco más de la instrucción que ya reciben en la actualidad, y conservan los privilegios de la instrucción superior únicamente para un grupo muy limitado de hombres felices, digamos sencillamente: hombres procedentes de la clase de los propietarios, de la burguesía, o personas que por un azar afortunado fueron adoptadas y recibidas en el seno de esta clase. Los socialistas burgueses pretenden que es inútil que todos reciban el mismo grado de instrucción, porque si todos quisieran dedicarse a las ciencias, no quedaría ya nadie para el trabajo manual, sin el cual la ciencia misma no podría existir.

Segundo. Ellos afirman por otro lado que para emancipar las masas obreras, hay que empezar primero por darles la instrucción, y antes de que se vuelvan más instruidas, no deben pensar en un cambio radical en su posición económica y social.

Volveremos a estudiar estos dos puntos en un próximo número⁹.

(Ginebra, *L'Egalité*, N° 27, 24 de julio de 1869)

⁹ Bakunin se refiere a la segunda parte de esta serie de artículos, que publicamos a continuación.

La Instrucción Integral

I

La primera cuestión que debemos considerar hoy es la de la emancipación de las masas obreras. ¿Podrá ser completas, mientras la instrucción que éstas reciben sea inferior a la que se dé a los burgueses o mientras haya en general alguna clase, numerosa o no, pero que por su nacimiento acceda a los privilegios de una educación superior y más completa? ¿Plantear la pregunta, acaso no es resolverla? ¿Acaso no es evidente que entre dos hombres, dotados de una inteligencia natural casi igual, el que sepa más, cuyo espíritu se amplíe con la ciencia, por haber comprendido mejor la concatenación de los hechos naturales y sociales, o por lo que se llaman las leyes de la naturaleza y de la sociedad, captará más fácil y ampliamente el carácter del medio en el que se encuentra, se sentirá más libre, será en la práctica más hábil y más poderoso que el otro? El que sabe más dominará naturalmente al que sepa menos. Y de no existir entre dos clases más que esta única diferencia de instrucción y educación, aquella diferencia produciría en poco tiempo todas las demás, y el mundo humano se encontraría en su punto actual. O sea que estaría dividido de nuevo entre una masa de esclavos y un pequeño número de dominadores, trabajando como hoy los primeros para éstos.

Se comprende ahora por qué los socialistas burgueses sólo piden cierta instrucción para el pueblo, un poco más de la que tiene por ahora, y por qué nosotros, demócratas socialistas, pedimos para él la instrucción integral, toda la instrucción, tan completa como la configura el poder intelectual del siglo [XIX], de modo que, encima de las masas obreras, no pueda encontrarse en adelante ninguna clase que pudiera saber más, y que, precisamente por saber más, las dominaría y explotaría. Los socialistas burgueses quieren el mantenimiento de las clases, debiendo representar cada una, según ellos, una diferente función social, una por ejemplo la ciencia y otra el trabajo manual. Nosotros al contrario queremos la abolición definitiva y completa de las clases, la unificación de la sociedad, y la igualación económica y social de todos los individuos humanos sobre la tierra. Ellos quisieran, por conservar este cuadro, que menguaran, se suavizaran y embellecieran la desigualdad y la injusticia, bases históricas de

la actual sociedad, que, nosotros, queremos destruir. De ahí resulta a las claras que ningún entendimiento ni conciliación, ni siquiera coalición entre los socialistas burgueses y nosotros es posible.

Pero, se dirá, y es el argumento que se nos opone muy a menudo y que los señores doctrinarios de todos los colores consideran un argumento irresistible, es imposible que la humanidad por entero se dedique a la ciencia: se moriría de hambre. Es preciso por lo tanto que mientras unos estudien, los otros trabajen, de modo a producir los objetos necesarios a la vida para sí mismos primero, y luego también para los hombres que se vienen dedicando en exclusiva a las obras de la inteligencia. En efecto estos hombres no sólo trabajan para sí mismos: sus descubrimientos científicos, además de ampliar el espíritu humano, se aplican a la industria y a la agricultura, y en general, a la vida política y social. ¿No mejoran acaso la condición de todos los seres humanos, sin excepción alguna? ¿No ennoblecerán sus creaciones artísticas la vida de todo el mundo?

Pero no, en absoluto. Y el mayor reproche que tenemos que dirigir a la ciencia y a las artes, es precisamente que no propagan sus beneficios y no ejercen su influencia saludable sino sobre una porción muy mínima de la sociedad, con la exclusión, y por consiguiente también a expensas de la inmensa mayoría. Se puede decir hoy de los adelantos de la ciencia y de las artes, lo que ya se dijo con tanta razón del prodigioso desarrollo de la industria, del comercio, del crédito, de la riqueza social en una palabra, en los países más civilizados del mundo moderno. Esta riqueza es totalmente exclusiva, y tiende cada día a serlo más, concentrándose siempre entre un menor número de manos y rechazando las capas inferiores de la clase media, la pequeña burguesía, en el proletariado, de modo que el desarrollo está en razón directa de la miseria creciente de las masas operarias. De ahí el abismo que ya separa la minoría feliz y privilegiada de los millones de trabajadores que la hacen vivir con el trabajo de sus brazos, y que se va abriendo siempre más, y cuanto más felices son los afortunados, los explotadores del trabajo popular, más infelices se vuelven los trabajadores. Pongámonos solamente en presencia de la opulencia fabulosa del gran mundo aristocrático, financiero, comercial e industrial de Inglaterra, la situación miserable de los obreros de dicho país. Releamos la carta tan ingenua y desgarradora escrita hace poco por un inteligente y honrado orfebre de Londres, Walter Dugan, que acaba de envenenarse voluntariamente con su esposa y sus seis hijos, sólo para escapar a las humillaciones de la miseria y a las torturas del hambre, y tendremos que

confesar que esta civilización tan encomiada, sólo es, desde el punto de vista material, opresión y ruina para el pueblo.

Igual sucede con los progresos modernos de la ciencia y de las artes. ¡Inmensos son aquellos progresos! Sí, es verdad. Pero cuanto más inmensos son, más se convierten en causa de esclavitud intelectual, y por consiguiente también material, una causa de miseria y de inferioridad para el pueblo. En efecto ensanchan siempre más el abismo que separa ya la inteligencia popular de la de las clases privilegiadas. La primera, desde el punto de vista de la capacidad natural, es ahora por supuesto menos indiferente, menos gastada, menos sofisticada y menos corrupta por la necesidad de defender intereses injustos, y por tanto es por naturaleza más poderosa que la inteligencia burguesa. Pero en cambio, ésta detenta todas las armas de la ciencia, y esas armas son formidables. Ocurre muchas veces que un obrero muy inteligente está obligado de callarse ante un necio sabio que le vence, no por el espíritu que no tiene, sino por la instrucción de que carece el obrero, y que el otro pudo recibir sí, porque mientras que su necesidad se desarrollaba científicamente en las escuelas, el trabajo del obrero le vestía, le alojaba, le alimentaba proporcionándole todas las cosas, maestros y libros, necesarios a su instrucción.

El grado de ciencia repartido a cada uno no es igual, incluso en la clase burguesa, lo sabemos muy bien. Ahí también hay una escala, determinada no por la capacidad de los individuos, sino por la más o menos riqueza de la capa social en la que nacieron. Por ejemplo, la instrucción que reciben los hijos de la muy pequeña burguesía, muy poco superior a la que los obreros consiguen darse a sí mismos, es casi nula en comparación con la que la sociedad imparte ampliamente a la alta y media burguesía. Por esto, ¿qué vemos? La pequeña burguesía que no se reúne actualmente con la clase media, por una vanidad ridícula de un lado, y del otro, por la dependencia en que se encuentra respecto de los grandes capitalistas, está casi siempre en una situación más miserable y mucho más humillante aún que el proletariado. Cuando hablamos de clases privilegiadas, nunca nos percatamos bastante de esta pobre pequeña burguesía, que si tuviera un poco más de espíritu y de piedad no tardaría en sumarse a nosotros, para combatir a la gran y a la mediana burguesía que la pisa tanto ahora como al proletariado. Y si el desarrollo económico de la sociedad continuara en esta dirección aún una decena de años, lo que nos parece por otra parte imposible, veríamos todavía a la mayor parte de la burguesía media caer en la situación actual de la pequeña burguesía primero, para ir a perderse un poco más tarde en el proletariado, siempre gracias a esta concentración fatal

del número de manos cada vez más restringido. Ello tendría como resultado infalible dividir el mundo social definitivamente en una pequeña minoría excesivamente opulenta, sabia, dominadora, y una inmensa mayoría de proletarios miserables, ignorantes y esclavos.

Hay un hecho que debe impactar a todos los espíritus concientes, a cuantos aspiran a la dignidad humana, a la justicia, o sea la libertad de cada uno en la igualdad y por la igualdad de todos. Todas las invenciones de la inteligencia, todas las grandes aplicaciones de la ciencia a la industria, al comercio y en general a la vida social, sólo aprovecharon hasta ahora a las clases privilegiadas, como al poder de los Estados, protectores eternos de todas las iniquidades políticas y sociales, nunca a las masas populares. Basta con que citemos las máquinas, para que cada obrero y cada partidario sincero de la emancipación del trabajo nos dé la razón. ¿Con qué fuerza se mantienen las clases privilegiadas aún hoy en día, con toda su felicidad insolente y todos sus disfrutes inicuos contra la indignación tan legítima de las masas populares? ¿Por una fuerza que les sería inherente? No, es únicamente por la fuerza del Estado, en el que además sus hijos cumplen ahora, como siempre lo hicieron, todas las funciones dominantes, e incluso todas las funciones medias e inferiores, excepto las de trabajadores y soldados. ¿Y qué constituye hoy principalmente toda la potencia de los Estados? Es la ciencia.

Sí, la ciencia. Ciencia de gobierno, de administración y ciencia financiera; ciencia de esquilmar los rebaños populares sin hacerles gritar demasiado, y cuando empiezan a gritar, ciencia de imponerles el silencio, la paciencia y la obediencia por una fuerza científicamente organizada; ciencia de engañar y dividir a las masas populares, de mantenerlas siempre en una ignorancia saludable, a fin que no puedan nunca apoyándose mutuamente y reuniendo sus esfuerzos, crear un poder capaz de derrocar [a sus enemigos]; ciencia militar ante todo, con todas sus armas perfeccionadas, y esos formidables instrumentos de destrucción que funcionan de maravilla; ciencia de la ingeniería por fin, la que creó los buques de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos; los ferrocarriles que, usados por la estratagema militar, multiplican la potencia defensiva y ofensiva de los Estados; y los telégrafos que, transformando cada gobierno en un [gigante] Briareo de cien, mil brazos, les da la posibilidad de estar presentes, de actuar y agarrar por doquier, crean las centralizaciones políticas más formidables que existieron nunca en el mundo. ¿Quién puede pues negar que todos los progresos de la ciencia, sin excepción alguna, han beneficiado hasta ahora al aumento de la riqueza de las clases privilegiadas y al poder de los Estados, a expensas del

bienestar y de la libertad de las masas populares, del proletariado? Pero, se objetará, ¿acaso no aprovechan también a las masas obreras? ¿No son ya mucho más civilizadas en nuestra sociedad que lo eran en los siglos pasados?

A eso vamos a responder por una observación de Lassalle, célebre socialista alemán. Para juzgar los progresos de las masas operarias, en el plano de su emancipación política y social, no hay que comparar su estado intelectual en el siglo presente, con su estado intelectual en los siglos pasados. Hay que considerar si a partir de una época determinada, constatada la diferencia existente en aquel entonces entre ellas y las clases privilegiadas, éstas progresaron en la misma medida que las últimas. En efecto si hubo igualdad en estos dos progresos respectivos, la distancia intelectual que las separa hoy del mundo privilegiado será la misma. Si el proletariado progresa más y más rápidamente que los privilegiados, esta distancia se habrá vuelto necesariamente más pequeña. Pero si al contrario el progreso del obrero es más lento y por consiguiente menor que el de las clases dominantes, en el mismo espacio de tiempo, esta distancia se agrandará. El abismo que les separaba es más amplio, el hombre privilegiado se ha vuelto más poderoso, el obrero más dependiente, más esclavo que en la época tomada como punto de partida. Si dejamos a ambos, a la misma hora en dos puntos diferentes, y usted está a 100 pasos delante de mí, caminando 60, y yo sólo 30 pasos al minuto, al cabo de una hora la distancia que nos separará, ya no será de 100, sino de 1.900 pasos¹⁰.

Este ejemplo da una idea totalmente justa de los progresos respectivos de la burguesía y del proletariado hasta hoy. Los burgueses caminaron más de prisa por la vía de la civilización que los proletarios, no porque su inteligencia fue naturalmente más poderosa que la de éstos – hoy con razón se podría decir todo lo contrario –, sino porque la organización económica y política de la sociedad fue tal hasta ahora, porque los burgueses únicamente pudieron educarse, porque la ciencia sólo existió para ellos, y el proletariado se encontró condenado a una ignorancia forzada, de modo que inclusive si adelanta – y sus progresos son indudables –, no es gracias a la sociedad, sino a pesar de ella.

¹⁰ Bakunin puso 280 pasos, error aritmético y corrección de James Guillaume señalado en la edición de Fernand Rude, *Bakounine Le socialisme libertaire*, París, 1972, p. 121 (NDT)

Vamos a resumir. En la organización actual de la sociedad, los progresos de la ciencia fueron la causa de la ignorancia *relativa* del proletariado, tanto como los progresos de la industria y del comercio fueron la causa de su miseria *relativa*. Los progresos intelectuales materiales contribuyeron por tanto a aumentar su esclavitud. ¿Qué resulta de esto? Debemos rechazar y combatir esta ciencia burguesa, igual que debemos rechazar y combatir la riqueza burguesa. Combatir y rechazarlas en el sentido de que destruyendo el orden social pilar del patrimonio de una o varias clases, debemos reivindicarlas como el bien común de todo el mundo.

(Ginebra, *L'Egalité*, 31 de julio de 1869)

II

Hemos demostrado que, mientras haya dos o varios grados de instrucción para las diferentes capas de la Sociedad, habrá necesariamente clases, o sea privilegios económicos y políticos para un número exiguo de felices y la esclavitud y la miseria para el mayor número.

Miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, queremos la igualdad y, porque la queremos, debemos querer también la instrucción integral, igual para todos.

Pero si todo el mundo está instruido ¿quiénes querrán trabajar?, nos preguntan. Nuestra respuesta es sencilla: todos deben trabajar y todos deben instruirse. A eso, contestan a menudo que la mezcla del trabajo industrial con el trabajo intelectual no podrá ocurrir sino a expensas de uno y de otro: los trabajadores serán malos científicos y los científicos siempre serán tristes obreros. Sí, así es en la sociedad actual, en la que tanto el trabajo manual como el trabajo de la inteligencia son igualmente falseados por el aislamiento muy artificial al que se los condena a ambos. Pero estamos convencidos de que en el hombre viviente y completo, cada una de esas dos actividades, muscular y nerviosa, debe ser igualmente desarrollada y que, lejos de dañarse mutuamente, cada una ha de apoyar, ampliar y fortalecer a la otra. La ciencia del científico se hará más fecunda, más útil y más amplia cuando el científico no ignore ya el trabajo manual, y el trabajo del obrero educado será más inteligente y por consiguiente más productivo que el del obrero ignorante.

De ahí que, por el interés mismo del trabajo tanto como el de la ciencia, es preciso que ya no haya ni obreros ni científicos, sino sólo hombres. Resultará de ello que los hombres que, por su inteligencia superior, hoy en día están encerrados en el mundo exclusivo de la ciencia y, afincados ya en ese mundo, aceptando la necesidad de una posición muy burguesa, hacen funcionar todas sus invenciones para la utilidad exclusiva de la clase privilegiada de la que forman parte. Aquellos hombres, una vez que se vuelvan realmente solidarios con todo el mundo – solidarios, no en imaginación y en palabras únicamente, sino en los hechos, por el trabajo –, harán funcionar también necesariamente los descubrimientos y las aplicaciones de la ciencia para utilidad de todo el mundo, y ante todo para el alivio y el ensalzamiento del trabajo, esa base, la única legítima y la única real, de la humana sociedad.

Es posible e incluso muy probable que en la época de transición más o menos larga que sucederá naturalmente a la gran crisis social, las ciencias más elevadas caigan considerablemente por debajo del nivel actual. Como resulta indudable también que el lujo, y cuanto constituyen los refinamientos de la vida, deberán desaparecer de la sociedad por mucho tiempo, y podrán reaparecer, no ya como disfrute exclusivo sino como un noble ascenso de la vida de todos, cuando la sociedad haya conquistado lo necesario para todo el mundo. ¿Pero será una desgracia tan grande ese eclipse temporario de la ciencia superior? ¿Lo que pierda en elevación sublime, acaso no lo ganará al ampliar su base? Sin duda habrá menos ilustres científicos, pero al mismo tiempo habrá infinitamente menos ignorantes. Ya no habrá esos pocos hombres que alcanzan el cielo, sino por el contrario, millones de hombres, hoy por hoy envilecidos, aplastados, caminarán como humanos en la tierra. Nada de dioses a medias, nada de esclavos. Los dioses a medias y los esclavos se humanizarán a la vez, unos descendiendo algo, otros ascendiendo mucho. Ya no habrá, pues, sitio ni para la divinización ni para el desprecio. Todos se darán la mano y, al aunarse, todos caminarán con una andadura nueva hacia nuevas conquistas, tanto en la ciencia como en la vida.

Lejos pues de temer este eclipse además totalmente momentáneo de la ciencia, pedimos al contrario con todas nuestras aspiraciones, puesto que tendrá por efecto humanizar a los científicos y a los trabajadores a la vez, que se reconcilien la ciencia y la vida. Y estamos convencidos de que una vez conquistada esa base nueva, los progresos de la humanidad, tanto en la ciencia como en la vida, superarán muy rápido cuanto hemos tenido y todo lo que podamos imaginarnos hoy en día.

Pero aquí se presenta otra cuestión: ¿son capaces también *todos los individuos de elevarse al mismo grado de instrucción*? Imaginemos una sociedad organizada según el modo más igualitario y en la cual todos los niños tendrán desde el nacimiento el mismo punto de partida, tanto en plano político, como económico y social, o sea absolutamente el mismo cuidado, la misma educación, la misma instrucción. ¿No habrá entre estos miles de pequeños individuos, diferencias infinitas de energía, de tendencias naturales, de aptitud?

Este es el gran argumento de nuestros adversarios, burgueses puros y socialistas burgueses. Lo creen irresistible. Esforcémosnos pues por probarles lo contrario. Primero, ¿con qué derecho se fundan en el principio de las capacidades individuales? ¿Existe un lugar para el desarrollo de estas capacidades en la sociedad tal como es? ¿Puede haber un lugar para su desarrollo en una sociedad que seguirá teniendo por base económica el derecho de herencia? Evidentemente no, mientras haya herencia, la carrera de los niños nunca será el resultado de sus capacidades y de su energía individual; será ante todo el del estado de la fortuna, de la riqueza o de la miseria de sus familias. Los herederos ricos, pero necios, recibirán una instrucción superior; los niños más inteligentes del proletariado continuarán recibiendo en herencia la ignorancia, exactamente como se practica ahora. ¿Acaso no es una hipocresía hablar no sólo en la presente sociedad, sino incluso con vista a una sociedad reformada, que continuaría teniendo por únicas bases la propiedad individual y el derecho de herencia? ¿No es un infame engaño hablar de derechos individuales fundados en capacidades individuales?

Se habla tanto de libertad individual hoy, y sin embargo lo que domina no es en absoluto el individuo humano, el individuo tomado en general, es el individuo privilegiado por su posición social, es por tanto la posición, es la clase. Que un individuo inteligente de la burguesía se atreva solo¹¹ a elevarse contra los privilegios económicos de esta clase respetable, ¡y se verá cómo estos buenos burgueses, que sólo tienen ahora en la boca la libertad individual, respetarán la suya! ¿Para qué nos hablan de capacidades individuales? ¿No vemos cada día las más grandes capacidades obreras y burguesas forzadas de ceder el paso y hasta inclinar la frente ante la estupidez de los herederos del vellocino de oro? La libertad individual, no privilegiada sino humana, las capacidades reales de los individuos no

¹¹ En la versión que usamos dice “sólo” pero creemos que se refiere a “solo” en el sentido de hacerlo solitariamente (NDE)

podrán recibir su pleno desarrollo sino en plena igualdad. Cuando haya *igualdad de punto de partida* para todos los hombres en la tierra, sólo entonces, salvando sin embargo los derechos superiores de la solidaridad que es y seguirá siendo siempre la más gran productora de todas las obras sociales, la inteligencia humana y los bienes materiales, se podrá decir, con mucha más razón que hoy, que cualquier individuo es hijo de sus obras. De ahí concluimos que, para que las capacidades individuales prosperen y no sean ya limitados todos sus frutos, es preciso ante todo que todos los privilegios individuales, políticos como económicos, o sea todas las clases, queden abolidos. Es necesaria la desaparición de la propiedad individual y del derecho de herencia, es preciso el triunfo económico, político y social de la Igualdad.

Pero con el triunfo bien afincado de la igualdad, ¿no habrá ya ninguna diferencia entre las capacidades y los grados de energía de los diferentes individuos? Los habrá, no tanto como existen hoy tal vez, pero los habrá siempre sin duda. Es una verdad que pasó a refranes y que probablemente no dejará nunca de ser una verdad; como no hay en el mismo árbol dos hojas que sean idénticas. Con más razón será siempre verdadero en cuanto a los hombres, siendo los hombres seres mucho más complejos que las hojas. Pero esta diversidad, lejos de resultar un mal, es al contrario, como lo observó muy bien el filósofo alemán Feuerbach, una riqueza de la humanidad. Gracias a ella, la humanidad es una totalidad colectiva, en el que cada uno la completa y necesita de ella; de modo que esta diversidad infinita de los individuos humanos es la causa misma, la base principal de su solidaridad, un argumento todopoderoso a favor de la igualdad.

En el fondo, aun en la sociedad actual, si se exceptúan dos categorías de hombres, los hombres de genio y los idiotas, y si se prescinde de las diferencias creadas artificialmente por la influencia de mil causas sociales, tales como educación, instrucción, posición económica y política, que difieren no sólo en cada capa de la sociedad, sino en casi cada familia, se reconocerá que desde el punto de vista de las capacidades intelectuales y de la energía moral, la inmensa mayoría de los hombres se parece mucho o que al menos se vale, siendo casi siempre compensada la debilidad de cada uno en un ámbito por una fuerza equivalente en otro, de modo que se vuelve imposible decir que un hombre tomado en esta masa sea mucho por encima o por debajo del otro. La inmensa mayoría de los hombres no son idénticos, sino equivalente y por consiguiente iguales. Sólo quedan pues para la argumentación de nuestros adversarios, los hombres de genio y los idiotas.

El idiotismo es, ya se sabe, una enfermedad fisiológica y social. Se debe tratarla, no en las escuelas, sino en los hospitales, y se tiene el derecho de esperar que la introducción de una higiene social más racional y sobre todo más cuidadosa de la salud física y moral de los individuos que la de hoy, y la organización igualitaria de la nueva sociedad, acabarán por hacer desaparecer completamente de la superficie de la tierra esta enfermedad tan humillante para la especie humana. En cuanto a los hombres de genio, primero es necesario observar que afortunada o desafortunadamente, como se quiera, nunca aparecieron en la historia sino como muy escasas excepciones a todas las reglas conocidas, y no se organizan las excepciones. Esperemos no obstante que la sociedad futura hallará en la organización realmente democrática y popular de su fuerza colectiva el medio de hacer menos necesarios estos grandes genios, menos aplastadores y más de verdad benefactores para todo el mundo. En efecto nunca se debe olvidar la profunda palabra de Voltaire: Hay alguien que tiene más espíritu que los mayores genios, es todo el mundo¹². Sólo se trata por tanto de organizar a todo el mundo por la más gran libertad fundada en la más completa igualdad, económica, política y social, para que no haya que temer más de las veleidades dictatoriales y de la ambición despótica de los hombres de genio.

En cuanto a producir hombres de genio por la educación, ni se debe pensarlo. Por otra parte, entre todos los hombres de genio conocidos, ninguno o casi ninguno se manifestó como tal en su infancia, ni en su adolescencia, ni siquiera en su primera juventud. Sólo se mostraron como tales en la madurez de la edad, y varios sólo fueron reconocidos tras su muerte, mientras no pocos grandes hombres fracasados, que habían sido proclamados durante su juventud como hombres superiores, acabaron su carrera en la más completa nulidad. Por lo tanto nunca es en la infancia, ni siquiera en la adolescencia cuando se puede determinar las superioridades y las inferioridades relativas de los hombres, ni el grado de sus capacidades, ni sus inclinaciones naturales¹³. Todas estas cosas sólo se manifiestan y se determinan por el desarrollo de los individuos, y como hay naturalezas precoces y otras muy lentas, si bien de ninguna manera inferiores y a menudo hasta superiores, es evidente que ningún profesor, ningún maestro de escuela jamás podrá precisar de antemano la carrera y el tipo de

¹² Bakunin usó casi la misma cita en septiembre de 1869 en el congreso de la I Internacional en Basilea, *Oeuvres complètes*, tomo 8, p. 565; Talleyrand y Le Bon repiten la frase, pero es imposible localizar la cita (NDT)

¹³ Bakunin descarta casos como el de Mozart, genio desde su niñez (NDT)

ocupaciones que los niños elegirán cuando hayan llegado a la edad de la libertad.

De ahí que la sociedad, sin consideración alguna por la diferencia real y ficticia de las inclinaciones y de las capacidades, y por no existir ningún medio para determinar, ni ningún derecho de fijar la carrera futura de los niños, les debe a todos, sin excepción, una educación y una instrucción absolutamente iguales.

(Ginebra, *L'Egalité*, 7 de agosto de 1869)

III

La instrucción a todos los niveles debe ser igual para todos, por consiguiente debe ser integral, o sea que debe preparar cada niño de ambos sexos tanto a la vida del pensamiento como a la del trabajo, afín que todos puedan también convertirse en hombres completos.

La filosofía positiva, que ya derribó en los espíritus las patrañas religiosas y los ensueños de la metafísica, nos permite entrever ya qué debe ser en el porvenir la instrucción científica. Tendrá el conocimiento de la naturaleza por base y la sociología por coronamiento. Dejando de ser el ideal dominar y violar a la vida, como lo es siempre en todos los sistemas metafísicos y religiosos, en adelante sólo será la última y la más bella expresión del mundo real. Dejando de ser un sueño, se convertirá el mismo en una realidad.

No siendo capaz ningún espíritu, por poderoso que sea, de abarcar en su especialidad todas las ciencias, y como de otro lado un conocimiento general de todas las ciencias es absolutamente necesario para el desarrollo completo del espíritu, la enseñanza se dividirá naturalmente en dos partes. La parte general, que dará los elementos principales de todas las ciencias sin excepción alguna, así como el conocimiento, no superficial sino muy real de su conjunto; y la parte especial necesariamente dividida en varios grupos o facultades. Cada una abarcará en toda su especialidad cierto número de ciencias que por su misma naturaleza tienden particularmente a completarse.

La primera parte, la parte general, será obligatoria para todos los niños. Constituirá, si podemos expresarnos así, la educación humana de su espíritu, sustituyendo por completo la metafísica y la teología, y colocando al mismo tiempo a los niños en un plano bastante elevado como para que alcanzada la edad de la adolescencia, puedan elegir con pleno y concreto conocimiento la facultad especial que convenga mejor a sus disposiciones individuales, a sus gustos.

Ocurrirá sin duda, que al elegir su especialidad científica, los adolescentes, influenciados por alguna causa secundaria, sea exterior, sea incluso interior, se equivoquen a veces y puedan optar primero por una facultad y por una carrera que no serán precisamente las que convengan mejor a sus aptitudes. Nosotros somos, partidarios no hipócritas sino sinceros de la libertad individual, como en nombre de esta libertad aborrecemos con todo nuestro corazón el principio de la autoridad así como todas las manifestaciones posibles de este principio divino, antihumano. Detestamos y condenamos con toda la profundidad de nuestro amor por la libertad, la autoridad paterna tanto como la del maestro de escuela. Las encontramos también desmoralizantes y funestas. La experiencia de cada día nos prueba que el padre de familia y el maestro de escuela, a pesar de su sabiduría obligada y proverbial, y hasta a causa de esta sabiduría, se equivocan sobre las capacidades de sus hijos aún más fácilmente que los mismos niños. De acuerdo a esta ley muy humana, ley incontestable, fatal, que todo hombre que domine no deja nunca de abusar, los maestros de escuela y los padres de familia, al determinar arbitrariamente el porvenir de los niños, interrogan mucho más sus propios gustos que las tendencias naturales de los niños. Como en fin las faltas cometidas por el despotismo son siempre más funestas y menos reparables que las que son cometidas por la libertad, mantenemos, plena y entera, contra todos los tutores oficiales, oficiosos, paternos y pedantes del mundo, la libertad de los niños de elegir y determinar su propia carrera.

Si se equivocan, el error mismo que habrán cometido, les servirá de enseñanza eficaz para el futuro, y, sirviéndoles como luz la instrucción general que habrán recibido, podrán fácilmente regresar a la vía que les es indicada por su propia naturaleza.

Los niños como los hombres maduros sólo se vuelven sabios por las experiencias que hacen por sí mismos, nunca por las ajenas.

En la instrucción integral, a lado de la enseñanza científica o teórica, debe haber necesariamente la enseñanza industrial o práctica. Es así sólo como se formará el hombre completo: el trabajador que comprende y sabe.

La enseñanza industrial, paralelamente a la enseñanza científica, se dividirá como ella en dos partes: la enseñanza general, la que debe dar a los niños la idea general y el primer conocimiento práctico de todas las industrias, sin exceptuar ninguna, así como la idea de su conjunto que constituye la civilización en tanto que material, la totalidad del trabajo humano; y la parte especial, dividida también en grupos de industrias más particularmente relacionados entre ellas.

La enseñanza general debe preparar los adolescentes a elegir libremente el grupo especial de industrias, y entre éstas la industria muy particular por la que tendrán más gusto. Una vez ingresados en esta segunda fase de la enseñanza industrial, harán bajo la dirección de sus profesores los primeros aprendizajes del trabajo serio.

Al lado de la enseñanza científica e industrial, habrá necesariamente también la enseñanza práctica, o más bien una serie sucesiva de experiencias de la moral, no divina, sino humana. La moral divina se funda en estos dos principios inmorales: el respeto de la autoridad y el desprecio de la humanidad. La moral humana al contrario no se funda más que en el desprecio de la autoridad y en el respeto de la libertad y de la humanidad. La moral divina considera el trabajo como una degradación y como un castigo; la moral humana ve en él la condición suprema de la dicha humana y de la humana dignidad. La moral divina por una consecuencia necesaria desemboca en una política que no reconoce derechos más que a quienes por su posición económicamente privilegiada pueden vivir sin trabajar. La moral humana sólo los otorga a quienes viven trabajando. Ella reconoce que por el solo trabajo, el hombre se convierte en hombre.

La educación de los niños, tomando como punto de partida la autoridad, debe sucesivamente llegar a la más entera libertad. Entendemos por libertad, en el plano positivo, el pleno desarrollo de todas las facultades que están en el hombre; y en el plano negativo, la entera independencia de la voluntad de cada uno respecto de la ajena.

El hombre no es y nunca será libre respecto de las leyes naturales, de las leyes sociales; las leyes se dividen así en dos categorías para el más grande

conocimiento de la ciencia, pero no pertenecen en realidad más que a una única y misma categoría¹⁴, porque son todas también leyes naturales, leyes fatales y que constituyen la base y la condición misma de toda existencia, de modo que ningún ser viviente podría rebelarse contra ellas sin suicidarse.

Pero es preciso distinguir y separar bien estas leyes naturales, de las leyes autoritarias, arbitrarias, políticas, religiosas, criminales y civiles, que las clases privilegiadas establecieron en la historia. Fue siempre por el interés de la explotación del trabajo de las masas operarias, con este único fin de amordazar la libertad de estas masas, y bajo el pretexto de una moralidad ficticia, que siempre fue la fuente de la más profunda inmoralidad. Así el obedecimiento involuntario y fatal a todas las leyes, que, independiente de toda voluntad humana, son la vida misma de la naturaleza y de la sociedad; pero independencia tan absoluta como posible de cada uno respecto de todas las pretensiones de mando, respecto de todas las voluntades humanas, tanto colectivas como individuales, que quisieran imponerle, no su influencia natural, sino su ley.

En cuanto a la influencia natural que los hombres ejercen unos sobre otros, es todavía una de aquellas condiciones de la vida social contra las que la rebelión sería tan inútil como imposible. Esta influencia es la base misma, material, intelectual y moral de la humana solidaridad. El individuo humano produce solidaridad o sociedad, quedando sometido a sus leyes naturales, y puede muy bien, bajo la influencia de sentimiento procedente de fuera, y en particular de una sociedad extranjera, reaccionar contra ella hasta cierto grado, pero no podría salirse de la misma, sin colocarse enseguida en otro medio solidario y sin sufrir allí nuevas influencias inmediatas. En efecto para el hombre, la vida fuera de toda sociedad y de todas las influencias humanas, el aislamiento absoluto, es la muerte intelectual, moral y material igualmente. La solidaridad no es el producto, sino la madre de la individualidad, y la personalidad humana no puede nacer y desarrollarse sino en la humana sociedad.

La suma de las influencias sociales dominantes, expresada por la conciencia solidaria o general de un grupo humano más o menos extendido, se llama opinión pública. ¿Y quién ignora la acción todopoderosa ejercida por la *opinión pública* sobre todos los individuos? La acción de las leyes

¹⁴ La versión que usamos dice “por” en vez de “pero” y “pertenecer” en vez de “pertenecen”, pero nos parece que así queda mucho más claro (NDE)

restrictivas más drásticas es nula en comparación con ella. Por lo tanto ella por antonomasia es la educadora de los hombres, de ahí que para moralizar a los individuos, haya que moralizar ante todo a la misma sociedad, se debe humanizar a su opinión o a su conciencia pública.

(Ginebra, *L'Egalité*, 14 de agosto de 1869)

IV

Para moralizar a los hombres, hemos dicho, se debe humanizar el medio social.

El socialismo, fundado en la ciencia positiva, rehúsa absolutamente la doctrina del libre arbitrio; reconoce que todo lo que se llaman vicios y virtudes de los hombres es totalmente el producto de la acción combinada de la naturaleza propiamente dicha de la sociedad. La naturaleza en tanto que acción etnográfica, fisiológica y patológica, crea las facultades y disposiciones que denominan naturales, y la organización social las desarrolla detiene o falsifica su desenvolvimiento. Todos los individuos, sin ninguna excepción, son en todos los momentos de su vida lo que la naturaleza y la sociedad hicieron de ellos.

Sólo es gracias a esta fatalidad natural y social que la ciencia estadística resulta posible, esta ciencia no se contenta con constatar y enumerar únicamente los hechos sociales; busca en ellos la concatenación y la correlación con la organización de la sociedad. La estadística criminal por ejemplo constata que en un mismo país, en una misma ciudad, durante un periodo de 10, 20, 30 años y algunas veces más, si ninguna crisis política y social vino a cambiar las disposiciones de la sociedad, el mismo crimen o el mismo delito se reproduce cada año, con poca variación, en la misma proporción. Y lo que es aún más remarcable, es que el modo de su perpetuación se reproduce casi tantas veces en un año que en otro. Por ejemplo, el número de envenenamientos, de homicidios por armas cortantes o por armas de fuego, así como el número de suicidios por tal o tal otro medio, son casi siempre los mismos. Ello hizo decir al célebre estadístico

belga, Quetelet¹⁵ aquellas memorables palabras, “La sociedad prepara los crímenes y los individuos sólo los ejecutan”.

Esta vuelta periódica de los mismos hechos sociales no habría podido suceder, si las disposiciones intelectuales y morales de los hombres, así como los actos de su voluntad, tuvieran como fuente el libre arbitrio¹⁶. O dicha palabra de libre arbitrio no tiene sentido, o significa que el individuo humano se determina espontáneamente, por sí mismo, fuera de toda influencia exterior, ya sea natural, ya sea social. Pero de ser así¹⁷, como todos los hombres sólo obran por sí mismos, habría en el mundo la más gran anarquía; toda solidaridad entre ellos se volvería imposible, y todas esas millones de voluntades, absolutamente independientes unas de otras y por tropezarse entre sí, tenderían necesariamente a destruirse y acabarían incluso por hacerlo, de no haber encima de ellas la despótica voluntad de la divina providencia, que les llevaría mientras se agitaran y que, aniquilándolas todas a la vez, impondría a esta humana confusión el orden divino.

Así vemos a todos los adherentes al principio del libre arbitrio empujados fatalmente por la lógica a reconocer la existencia y la acción de una divina providencia. Es la base de todas las doctrinas teológicas y metafísicas, un sistema magnífico que por mucho tiempo satisfizo la conciencia humana y que en el plano de la reflexión abstracta o de la imaginación religiosa y poética, visto de lejos, parece en efecto lleno de armonía y grandeza. Es una lástima, en cambio, que la realidad histórica que correspondió a este sistema fuera siempre horrenda y que el sistema mismo no pudiese soportar la crítica científica.

En efecto, sabemos que mientras reinó el derecho divino en la tierra, la inmensa mayoría de los hombres fue brutal y despiadadamente explotada, atormentada, oprimida, diezmada. Sabemos que aún hoy siempre es en nombre de la divinidad teológica o metafísica como se esfuerzan en mantener a las masas populares en la esclavitud. Y no puede ser de otro

¹⁵ Adolphe Quetelet, célebre estadístico belga y uno de los fundadores de esta disciplina (NDT)

¹⁶ La versión en la que nos basamos dice “no” antes de “tuvieran”, esto contradice todo el argumento con lo que nos parece que muy probablemente sea un error (NDE)

¹⁷ También aquí dice “no” antes de “ser”, lo que contradeciría el argumento y las conocidas creencias de Bakunin sobre este tema (NDE)

modo, porque siempre que exista una divina voluntad que gobierna al mundo, tanto a la naturaleza como a la humana sociedad, la libertad humana es absolutamente anulada. La voluntad del hombre es necesariamente impotente en presencia de la divina voluntad. ¿Qué resulta de ello? Por defender la libertad metafísica abstracta o ficticia de los hombres, el libre arbitrio, estamos forzados a negar sus libertades reales. En presencia de la omnipotencia y de la omnipresencia divina, el hombre es esclavo. Siendo destruida la libertad del hombre en general por la providencia divina, no queda más que el privilegio, o sea los derechos especiales, otorgados por la gracia divina a tal individuo, a tal jerarquía, a tal dinastía, a tal clase.

Así mismo, la providencia divina hace que toda ciencia sea imposible, lo que significa que es sencillamente la negación de la humana razón, o que para reconocerla, haya que renunciar al propio sentido común. Mientras el mundo está gobernado por la voluntad divina, ya no es necesario buscar en él un encadenamiento natural de los hechos, sino una serie de manifestaciones de esta voluntad suprema, cuyos decretos, como reza la Santa Escritura, son y deben permanecer siempre impenetrables para la razón humana, bajo pena de perder su carácter divino. La divina providencia no es sólo la negación de cualquier lógica humana, sino también de la lógica en general. En efecto, toda lógica implica una necesidad natural, y esta necesidad sería contraria a la divina libertad. Desde el punto de vista humano, es el triunfo del disparate. Quienes quieran creer deben pues renunciar tanto a la libertad como a la ciencia, y dejándose explotar, golpear por los privilegiados de dios, repetir con Santo Tertuliano: Creo en lo que es *absurdo*¹⁸, agregando esta otra palabra, tan lógica como la primera; *Y quiero la iniquidad.*

En cuanto a nosotros que renunciamos voluntariamente a las felicidades de otro mundo y que reivindicamos el triunfo completo de la humanidad en esta tierra, confesamos con humildad que no comprendemos nada a la lógica divina, y que nos conformamos con la lógica humana basada en la

¹⁸ La cita exacta es “Creo porque es absurdo” señalado en la edición de Fernand Rude, *Bakounine Le socialisme libertaire*, París, 1972, p. 137, me parece que Bakunin tradujo del ruso “veruiuo, ibo absurdno” en que “ibo” equivale a “porque o puesto que” (NDT)

experiencia y en el conocimiento de la concatenación de los hechos, tanto naturales como sociales.

Esta experiencia acumulada, coordinada y reflexionada que llamamos la ciencia nos demuestra que el libre arbitrio es una ficción imposible, contraria a la naturaleza misma de las cosas. Lo que se denomina la voluntad no es nada más que el producto del ejercicio de una facultad nerviosa, como nuestra fuerza física tampoco es otra cosa que el producto del ejercicio de nuestros músculos, y por consiguiente uno y otro son también productos de la vida natural y social, o sea condiciones físicas y sociales en medio de las cuales cada individuo nació, y en las cuales continúa desarrollándose. Y repetimos que todo hombre, en cada momento de su vida, es el producto de la acción combinada de la naturaleza y de la sociedad, de ahí resulta claramente la verdad de lo que ya enunciamos en nuestro precedente número: que para moralizar a los hombres, hay que moralizar al medio social.

Para moralizarlo, sólo hay un medio, es que triunfe allí la justicia, o sea la más completa libertad¹⁹ de cada uno, en la más perfecta igualdad de todos. La desigualdad de las condiciones y de los derechos, y la ausencia de libertad para cada uno, son el resultado necesario, la gran iniquidad colectiva, que origina todas las iniquidades individuales. Suprimámosla y todas las otras desaparecerán.

Tememos mucho, dada la poca disposición que los hombres privilegiados muestran para dejarse moralizar, o lo que quiere decir lo mismo, a dejarse igualar, tememos mucho que este triunfo de la justicia no pueda llevarse a cabo sino por la revolución social. No tenemos que hablar de ella por ahora, nos limitaremos esta vez a proclamar esta verdad, además tan evidente, que mientras el medio social no se moralice, la moralidad de los individuos será imposible.

Para que los hombres sean morales, o sea hombres completos en el pleno sentido de esta palabra, son necesarias tres cosas: un nacimiento higiénico,

¹⁹ Ya hemos dicho que entendemos por libertad, de un lado, el desarrollo tan completo como posible de todas las facultades naturales de cada individuo, y del otro su independencia, no respecto de las leyes naturales y sociales, sino ante todas las leyes impuestas por otras voluntades humanas, ya sea colectivas, ya sea aisladas. (Nota de Bakunin)

una instrucción racional e integral, acompañado por una educación fundada en el respeto del trabajo, de la razón, de la igualdad y de la libertad, y un medio social en que cada individuo humano, gozando de su entera libertad, sería realmente, por derecho y de hecho, igual a todos los otros.

¿Existe este medio? No. Por tanto es preciso fundarlo. Si en el medio que existe se lograra incluso fundar escuelas que dieran a sus alumnos instrucción y educación tan perfectas como las podemos imaginar, ¿conseguirían crear hombres justos, libres, morales? No, porque al salir de la escuela estarían en medio de una sociedad que está dirigida por principios del todo contrarios, y como la sociedad es siempre más fuerte que los individuos, no tardaría en dominarlos, o sea desmoralizarlos. Y además, la misma fundación de tales escuelas es imposible en el medio social actual. En efecto la vida social lo abarca todo, ella invade las escuelas así como la vida de las familias y de todos los individuos que forman parte de la misma.

Los maestros, los profesores, los padres, todos son miembros de esta sociedad, todos más o menos atontados o desmoralizados por ella. ¡Cómo darían a los alumnos lo que les falta a sí mismos! Sólo se predica bien la moral por el ejemplo, y siendo la moral socialista todo lo contrario de la moral actual, los maestros necesariamente dominados más o menos por ésta, harían delante de sus alumnos todo lo contrario de lo que les predicarían. Por lo tanto, la educación socialista es imposible en las escuelas, así como en las familias actuales.

Pero la instrucción integral es también imposible: los burgueses no conciben en absoluto que sus hijos se conviertan en trabajadores, y los trabajadores están privados de todos los medios de dar a sus hijos la instrucción científica.

Me parecen muy graciosos estos buenos socialistas burgueses que nos gritan siempre: instruyamos primero al pueblo y luego emancipémoslo. Decimos al contrario: que se emancipe primero, y se instruirá por sí mismo. ¿Quién instruirá al pueblo, es usted [señor burgués]? Pero usted no le instruye, usted le va a envenenar procurando inculcarle todos los prejuicios religiosos, históricos, políticos, jurídicos y económicos que garanticen la existencia de usted contra él, matando al mismo tiempo su inteligencia, debilitando su indignación legítima y su voluntad. Usted lo deja exhausto por su trabajo diario y por su miseria, y usted le dice: ¡instrúyase! Nos gustaría verles a todos ustedes con sus hijos instruirse después de 13, 14, 16

horas de trabajo embrutecedor, con la miseria y la incertidumbre del día siguiente como única recompensa.

No, Señores [burgueses], a pesar de todo nuestro respeto por la gran cuestión de la instrucción integral, declaramos que no es hoy de ninguna manera la más gran cuestión para el pueblo. La primera es la de su emancipación económica, que engendra necesariamente en seguida y al mismo tiempo su emancipación política, y luego después su emancipación intelectual y moral.

En consecuencia, adoptamos totalmente la resolución votada por el congreso de Bruselas:

Reconociendo que de momento es imposible organizar una enseñanza racional, el Congreso invita las diferentes secciones a establecer clases públicas de acuerdo a un programa de enseñanza científica, profesional y productiva, o sea la enseñanza integral, para remediar tanto como sea posible la insuficiencia de la instrucción que los obreros reciben en la actualidad. Desde luego, la reducción de las horas laborables se considera como una condición previa indispensable²⁰.

Sí, sin duda, los obreros harán todo lo posible para darse toda la instrucción alcanzable en las condiciones materiales en que se encuentran ahora. Pero sin dejarse desviar por las voces de sirenas de los burgueses y socialistas burgueses, concentrando ante todo sus esfuerzos sobre esta gran cuestión de su propia emancipación económica, que debe ser la madre de todas sus otras emancipaciones.

(Ginebra, *L'Egalité*, 21 de agosto de 1869)

²⁰ El Congreso de Bruselas, tercero de la Asociación Internacional de los Trabajadores, tuvo lugar del 6 al 13 de septiembre de 1868 (NDT)

